

SEGUNDO ENCUENTRO NACIONAL DE CORRECTORES DE TEXTOS
“HACIA LA PROFESIONALIZACIÓN Y EL RECONOCIMIENTO DEL CORRECTOR”
LIMA, 15 Y 16 DE FEBRERO DE 2013

**ENTRE LO NECESARIO Y LA TENTACIÓN: TESTIMONIO DE UN
ESCRITOR QUE CORRIGE**

Juan Manuel Chávez Rodríguez

Hace una década, inicié mi carrera de escritor con un cuento trágico que relataba un amor incestuoso. Lo escribí y corregí durante seis meses, preocupado por que el drama inquietara al lector mientras dirigía su piedad hacia la pareja protagónica. Fui cuidadoso con las comas y las tildes; pero, sobre todo, con la manera en que se desplegaba la voz del narrador y en lograr que la trama no perdiera su tensión hasta la última palabra. Le tengo cariño a ese cuento por varias razones, incluso monetarias, pues gracias a él obtuve un premio nacional que parecía una lotería para el estudiante universitario que era entonces.

Al año siguiente se publicó mi primera novela, que también recibió un galardón. Estos dos hechos cimentaron una ilusión razonable que ayuda mucho a un joven que recién comienza en un oficio artístico y proviene de aulas muy diferentes a las de la literatura: podía no solo ser escritor, sino quizá uno bueno.

Y es que, yo había estudiado cuatro años de Ingeniería Civil en la UNI; aunque abandoné esta carrera por perseguir mi sueño de ser escritor. En ese entonces, ser escritor comenzó a tener un significado que abarcaba ámbitos personales y profesionales: descubrir mi talento; estar dispuesto a aprender a través de una lectura analítica de todos los libros que se creyera capitales para la formación humanística y literaria; trabajar de forma paciente, dedicada y crítica en favor de mi escritura; confiar tanto en mi intuición artística como en mi radar para los comentarios ajenos; etc.

Los estudios de ingeniería han marcado mi vida en varios sentidos: desde mi confianza en que un muy buen cimiento es primordial para levantar tanto casas como proyectos artísticos hasta el valor que le doy a la estructura narrativa para componer un texto literario. Decía el poeta Washington Delgado: “Un camino equivocado es también un camino”, y no le faltaba razón.

Si la ingeniería fue el camino equivocado, la literatura es el correcto. Y durante estos diez años he seguido escribiendo, desde novelas a cuentos, desde ensayos a crónicas, desde artículos a memorias, desde estudios académicos a semblanzas. Una década haciendo mucho de lo mismo aunque de forma diferente, genera una visión particular de trabajo frente a la página en blanco y su desarrollo palabras tras palabra. En mi caso, implica lo siguiente:

1. Una escritura que atiende a muchos aspectos, aunque de diferente forma

Escribo prestando una atención dedicada y procedimental al estilo, la trama, la estructura, la verosimilitud de las situaciones, entre otras particularidades, por encima de la preocupación ortográfica y gramatical. No quiere decir que me dé lo mismo que un vocativo lleve o no la coma respectiva y nunca reflexione sobre la necesidad contextual de la tilde ante la palabra *aun*, lo que ocurre es un asunto de relevancias: priorizo lo literario a lo lingüístico.

En esta línea, concibo la literatura como un arte de palabras, y me acomodo en ella de forma análoga a la del pintor con respecto a su cuadro: el resultado no se desmerece por las manchas extra de óleo en la tela; por ejemplo, las salpicaduras coloradas sobre un cielo celeste. En ocasiones, los mismos errores tienen la intensidad de un aporte y algunos son tan agradados que cabría mantenerlos en calidad de coincidencia artística.

Si bien escribo y reviso con gran sentido crítico, siempre conservo la esperanza de que el corrector de estilo y el editor de la obra harán también su trabajo con similar dedicación; en tal sentido, puedan ver con mejores ojos los errores de redacción, tipeo e ignorancia que me son invisibles.

2. La construcción de una voz personal y la tentación de la figuración

Ser original o diferente no es un requisito para hacer literatura; incluso, tampoco es un impulso central a la hora de escribir, pero muchas veces es la mera consecuencia de practicarla.

A partir de mi primera novela, se fue construyendo de forma más intuitiva que consciente un tono y estilo que, a manera de sello, distingue mis páginas de las páginas de otros autores. O, cuanto menos, me gusta pensar que así es. Por tanto, cuando esbozo un artículo o planeo un nuevo libro pienso que el resultado final será de Juan Manuel Chávez, inequívocamente; inequívocamente, para bien o para mal.

¿Cuánta vanidad termina experimentando un autor?

Escribir es exponerse. Escribir literatura podría ser una sobreexposición, sino fuera porque no siempre abundan los lectores; a menudo, dedicarse a hacer novelas, cuentos o ensayos es una forma de anonimato. No obstante, el nombre impreso en la cubierta de un libro o destacado en negritas y mayúsculas en un diario de circulación nacional, confirma un tipo de existencia que es distinta de la natural.

Dice un haiku japonés que “Bajo las flores del cerezo / nadie es un completo desconocido”. La literatura es ese árbol que, como un marco hermoso y colorido, hace notorio al individuo que la ejecuta. Quizá pocas actividades contradigan tanto el anonimato como firmar una página propia de ficción.

3. El trabajo colectivo

Escribir literatura es una tarea generalmente retraída y huraña, donde los méritos del texto final suelen atribuirse al autor; también, los grandes defectos. Incluso cuando hay una o muchas personas que aconsejan de manera oportuna durante el proceso de escritura, tanto oralmente como por escrito, el aporte no pasa de ser complementario. El cuento, la novela o

el ensayo no dejan de ser obra exclusiva del autor por más coro de ayudas que reciba; a fin de cuentas, es el solitario artífice.

El camino de la publicación es diferente, donde intervienen varios actores como en tantos procesos fabriles; pero ese no es el territorio del quehacer literario sino del editorial.

4. El manejo de los plazos

Un periodista piensa diferente que un escritor. El periodista no procrastina, pues el mañana no existe si el reportaje encargado tiene como fecha de cierre la medianoche de hoy. Retrasarse unas horas puede costar la noticia. En cambio, el escritor asume el tiempo como algo propio; no por gusto se dedica a construir universos ficcionales particulares.

La novela, comprometida para dentro de un año, puede tardar tres como el cuento garantizado para julio puede demorar hasta noviembre. Dada la autocrítica maniática, obsesiva y algo viciosa que pongo en práctica para mis textos, la fecha límite para un escrito tiene mucho de frontera: con las razones idóneas, se puede pasar de largo por ella.

No es que el escritor no crea en los cronogramas, solo que les otorga un valor referencial y mutable en muchas ocasiones. La preocupación mayúscula está puesta en alcanzar la satisfacción casi siempre inasible de la obra terminada; es decir, hacer que la realidad de palabras y páginas se parezca lo máximo posible al sueño que se tuvo de ella al momento de concebirla y esbozarla. Y esto, tan subjetivo como caprichoso, tarda lo que tarda.

5. El imaginario de lo gratuito

Con el paso de los años, el ejercicio de la literatura no se restringe a la publicación de los libros personales, que pueden venderse desde muy mal hasta bien, sino que amplía su radio a las colaboraciones en publicaciones colectivas, diarios, portales web, revistas y *blogs*.

Artículos, reseñas, crónicas o cuentos ocupan un espacio de domingo o toda una página de algún bimestre, luego de que surgieron en la mente del autor y ocuparon quizá varios de sus días para la redacción; en síntesis, implicaron trabajo intelectual y creativo. No obstante, salvo en el feliz escenario de las columnas periódicas o en publicaciones donde las políticas de remuneración abarcan a todos los colaboradores, en la mayoría de casos las contribuciones escritas no conllevan un incentivo económico.

El arte literario del escritor en formación, e incluso maduro, es gratuito las más de las veces.

6. La especialización técnica y la profesional

En las últimas décadas, los talleres literarios o de escritura creativa lideran el interés de los jóvenes autores, pues funcionan como laboratorios donde de forma grupal y algo mal intencionada se corrigen o mejoran escritos de todo tipo. Hay un quehacer técnico que los talleres suelen abordar, en favor de sus participantes. A su vez, las carreras de literatura brindan herramientas para el análisis, el estudio, la interpretación y la crítica de textos, lo cual también beneficia al escritor en ciernes.

Otro tanto, tal vez lo más importante del proceso de aprendizaje para ser escritor, responde a una voluntad autodidacta por aprender de las grandes obras de la literatura universal, ya sea clásica o contemporánea. Antes de abandonar del todo la ingeniería, me convencí de una perspectiva que escuché mucho en la universidad: a escribir se aprende leyendo. Y sigo creyendo que, en muchos sentidos, así es.

La consecuencia práctica es que, al cabo de una década de escribir, me sigo formando como escritor, ya sea leyendo a otros autores o investigando corrientes y periodos específicamente interesantes para mí. Incluso, hago de este regodeo una razón para las titulaciones de diplomados o posgrados.

La literatura es un pugilato para el cual nunca se está del todo preparado; por lo tanto, el entrenamiento casi nunca termina.

La lista podría ampliarse con otras confesiones; por ejemplo, las supersticiosas: para mí, la literatura funciona como un antídoto particular contra la muerte. Podría ampliarse, pero con tanto terminaría desvirtuando la finalidad de estas páginas: ¿cuánto queda del autor (y qué tanto gana), si acepta el trabajo de ser corrector?

En primer lugar, el escritor que corrige puede sobrevolar el territorio de la página ajena con una victoria a priori: le encargan textos para enmendar lo equivocado; además de dedicarse de leer. Es una victoria por lo menos para mí, que concibo el quehacer literario no solo por la sugestiva idea para la trama y la mera redacción; sino, ante todo, por las múltiples versiones que escribo y modifico hasta lograr un original que me satisfaga, en una primera etapa de labor. No es exagerado que un escritor piense que, en sentido estricto, escribir es corregir.

Luego de esta victoria a priori, toca la metamorfosis:

- a. Prestar toda la atención a la ortografía y la gramática, junto con la sintaxis, semántica y características ortotipográficas, es tan esencial como impostergable; puesto que, ser un artista de la palabra no implica necesariamente ser un experto del idioma.
- b. Despojarse de la voz personal para camuflarla en el estilo del autor de la página que se corrige o acomodarla a las directrices editoriales del libro que se revisa. Asimismo, mandar de paseo la tentación por figurar; incluso, mantener un perfil bajo es ubicarse más arriba de lo que hace falta.
- c. Asumir que el yo depende del nosotros. En tal sentido, un producto final virtuoso es resultado de la conjunción e interacción de múltiples virtudes, organizadas en un flujo editorial (quizá paralelo, sin bucles de revisión, etc.). No obstante, las responsabilidades colectivas no desnaturalizan el simple hecho de asumir una responsabilidad individual.

- d. Comprender que las fechas de cierre no son antojos meramente comerciales sino que responden a un conjunto de factores que, al margen de ser conocidos o ignorados, se deben respetar porque así también se respeta el trabajo ajeno junto con el propio en labores colectivas.
- e. Reivindicar el salario, y exigir un monto lo más justo posible por el trabajo realizado, así como un zapatero cobra por los zapatos que vende o un camarero, por el vino que sirve. Además, el equilibrio del mercado depende de cada uno de sus actores; como ocurre en la esfera de la literatura, la gratuidad de unos podría arruinar los ingresos de otros.

Las exigencias son diversas; los cambios, importantes, y el ejercicio personal de humildad, considerable. No obstante, creo que las exigencias, cambios y ejercicios pueden ser todavía mayores si el encargo de corrección de estilo y ortotipográfica es para libros de texto escolar.

Quizá la revisión de los libros de texto escolar no sea la tarea más compleja del ámbito de la corrección; aunque puede serlo, con solo pensar en el impacto educativo de estos materiales para una generación y el tiraje de cada uno de los títulos, que puede llegar a medio millón en un curso algo marginal como inglés en las escuelas del Estado. Lo cierto es que, indudablemente, es una de las actividades que mayor cuidado profesional exige y de las pocas que demandan una predisposición empática hacia la buena relación interpersonal; por si fuera poco, también involucra posturas ideológicas y algunos acuerdos de censura.

Llevo cuatro años dedicado a la labor de corregir libros de textos, junto con la vida de escritor y el trajinar de viajero entre una universidad y otra; una experiencia tan breve como prolongada, según como se quiera ver, que me permite identificar los aspectos problemáticos de este tipo de corrección:

1. La llamada “zona de sombra”

El original del libro de texto, muchas veces, es muy poco original. A menudo es resultado de dos operaciones simultáneas que asocian lo antiguo con lo novedoso: a. La “recuperación” de párrafos, secciones y hasta páginas completas de diversos libros de la misma casa editorial, que a raíz de múltiples valores siguen siendo actuales y útiles; b. Las aportes nuevos, cuya composición estuvo a cargo de autores que recibieron el encargo bajo una serie de directrices editoriales.

Ese original es un híbrido en el que cohabitan páginas que pasaron, en su momento, por todo el proceso editorial junto a otras que nunca han sido vistas por un corrector de estilo; páginas de origen nacional y léxico peruano, al lado de otras cuya procedencia puede ser caribeña o peninsular si la casa editorial es multinacional (o multilocal, como se autodenominan algunas); en fin, tantas páginas pulidas como otras que parecen refregadas.

En esta llamada “zona de sombra”, el editor intenta darle un sentido de homogeneidad a tamaña diversidad; y, a decir verdad, el editor listo y dedicado lo logra entre retazos y parches. A pesar de todo, algo de Frankenstein tiene un original de libro de texto; pero como ocurre en la famosa novela de Mary Shelley, el engendro está vivo y camina, sigue su curso.

El corrector de estilo y ortotipográfico de libros de texto debe ser consciente de esta disformidad, quizá nada ideal pero recurrente en el medio editorial de una casa y otra.

2. Textos discontinuos

A diferencia de una novela o una tesis, los libros de texto ofrecen dos, tres y más secciones en una página. Incluso, apartados muy estrechos con información concisa que, en una sola oración, resaltan un aspecto primordial del tema tratado. A su vez, los libros de texto tienen bloques especiales donde se consignan tablas estadísticas con una serie de

números, diagramas con palabras clave, mapas con nombres de ciudades y se recrean boletos, recibos o formularios. Hay mucho texto, pero disperso y en desigual volumen, el cual no sigue un único hilo conductor.

La lectura de corrección de un libro de texto se realiza a saltos, y el método para hacerlo no siempre depende del gusto, costumbre e inclinación del profesional que revisa sino de la propiedad específica del material. Es decir, hace falta una cuota de flexibilidad profesional y otra de adaptación personal. Y, con estas, dotar a lo discontinuo de un trasfondo de secuencialidad.

Si para corregir un tratado académico es conveniente ejercitar una forma de concentración hermética, para un libro de texto viene mejor una concentración de modulación lúdica.

3. El valor del concepto y los contenidos

Se dice que algo es verdadero cuando además de ser real, es efectivo; en tal sentido, suele aceptarse dentro de una colectividad y existe muy poca opción para negarlo racionalmente. Por ejemplo, es verdad que Colón zarpó de un puerto europeo en 1492 como lo es que el esqueleto humano está compuesto por 206 huesos.

Frente a los grandes debates que genera, aviva y revitaliza el mundo editorial en pleno, cabría preguntarse si es cierto aquello que se asume como verdadero. Es una cuestión significativa para los libros de divulgación científica, para los manuales humanistas, para las investigaciones académicas...; pero su relevancia no gravita así en los libros de texto. En estos, lo importante para el destinatario directo, que es el estudiante, y el guía de este, que son los docentes y padres de familia, es que figuren las verdades en vigencia; no solo es importante, es necesario.

Un libro de texto publicado en 2010 no debería hablar de los nueve planetas del sistema solar ni proponer la tilde en la palabra *solo* en función de su uso dentro de la oración. El tufillo de obsolescencia se percibiría con solo correr sus páginas; incluso cuando existen periodistas y escritores que

todavía tildan el término si equivale a *solamente* o se puedan listar una docena de científicos que rechazan la valoración de Plutón como cuerpo sólido enano.

Al libro de texto le corresponde la responsabilidad de brindar la verdad más reciente, la de mayor aceptación y aquella que se encuentra confinada también en otras publicaciones del ramo; en la línea de las enciclopedias tradicionales, los libros de texto contemporáneos rivalizan entre sí sin negarse o contradecirse demasiado.

Por tanto, el corrector no solo debe saber que la palabra *solo* nunca se tilda, sino que además tendría que retirar los acentos gráficos si los encuentra. Pero a menudo, conviene ir más allá: escribir un comentario breve y sencillo para el editor, para el autor, precisando la razón de este cambio que afecta al texto y contraviene una práctica tan asentada. En síntesis, pienso que el corrector es aquel que actúa con su saber para enmendar el error e ilustrar con su conocimiento.

El dominio del buen corrector no se reduce a la gramática y ortografía en uso, sino que implica un despliegue competente y oportuno de cultura general; así, ante los casos dudosos o controversiales, lanza una advertencia razonada a manera de apostilla y llega a ofrecer una alternativa.

Si el libro de texto es la geografía de las verdades sencillas, la persona que lo corrige podría aspirar a ser su último garante, no solo el escudero lingüístico del editor y del autor.

4. La atención al detalle y la unificación

Tamaños de fuente, tipografía utilizada, colores y sus tonalidades, márgenes de página, interlineado y sangría, numeración de las actividades, ubicación de las leyendas y una serie de criterios acordados previamente, suelen ser también motivo de observación del corrector, en el plano ortotipográfico.

Si en un libro solo se usan las fuentes bodoni y century, la presencia de una oración en arial debe ser motivo para un comentario del corrector. La corrección de estilo más anchurosa es aquella en que los aportes superan el ámbito de lo lingüístico para acercarse a las nociones instrumentales de la edición, mediante llamadas de atención que advierten antes de enmendar. Dada la complejidad de los libros de texto, los pormenores que lo pueblan y la importancia de estos para la comprensión del sentido no verbal de sus informaciones, el corrector de estilo y ortotipográfico debe tener especial cuidado en la unificación de los detalles. Uno de los objetivos de la labor es lograr publicaciones homogéneas.

La homogeneidad abarca a su vez los concesos editoriales. Ante cuestiones como escribir *Chaikovski* (tal cual lo sugiere la Asociación de Academias de la Lengua) o mantener el uso tradicional de *Tchaikovski* (que es como figura todavía en publicaciones especializadas en español y se remite a los mismos autógrafos del compositor cuando redactaba su nombre en lengua romance) se deben tomar decisiones razonadas y congruentes con otras controversias similares. Así, una cuestión se resuelve guardando la coherencia con la demás.

Unificar es mantener la escritura de *aymara* con *y* (de acuerdo a como registra la lengua el Mapa Etnolingüístico del Perú de INDEPA) en cada página del libro y en todos los libros de una serie editorial, si el acuerdo general es ese. O hacerlo con *i* (tal cual como figura en el *Diccionario* de la Real Academia Española) si es que el criterio dominante para la publicación atiende la *Ortografía de la lengua española* (2010); por tanto, la medida se extendería a palabras como *gais*, *penaltis* y *pantis*.

Estas decisiones, a veces rigurosamente normativas frente a otras que se vinculan con la extensión de uso, el valor histórico o los condicionamientos antropológicos, se toman a partir de una serie de factores: las intenciones del libro, su público objetivo, el tiempo de vigencia de la obra, entre otros; aunque, quizá, lo más importante ahora es recordar que estos concesos y criterios no dependen solo de una persona, sino que deberían involucrar a varios actores de los equipos editoriales.

Si bien son decisiones colectivas, el trabajo paciente, sesudo e individual del corrector está en que la publicación mantenga una homogeneidad confiable y provechosa.

5. Prestar atención al lenguaje: su idoneidad y conveniencia

Un niño de siete años cuenta con un léxico reducido, quizá de trescientas palabras; un adolescente de catorce domina un par de cientos más, aunque abuse de los monosílabos, repita casi siempre los mismos vocablos y se invente algunos tantos cuando está con su grupo de amigos. Tanto el de siete como el de catorce se acercan a los libros de texto con su enciclopedia a cuestas, la visión del mundo que siguen construyendo, sus aperturas y restricciones; y el libro de texto debe serles de utilidad, a partir de la apuesta por una sencillez que no es simplicidad.

La labor del corrector es adaptar el lenguaje adulto, preocupándose no solo porque la información sea comprensible sino adecuada al vocabulario del estudiante. Para el pequeño de siete años basta con decir que “dos puntos se encuentran en un mismo plano...”; pero para el de catorce sería más valioso redactar que “dos puntos coplanares...”. En tal sentido, el corrector complementa la tarea del editor, quien compone u organiza el libro en función de su lector ideal, ese que ha imaginado como receptor de sus mensajes. O sea, delimita; aunque, a la vez, su tarea debe salvaguardar el valor instructivo de las publicaciones para colegios, en las que también se busca desarrollar el léxico de los escolares.

Mucho de trapecismo hay en el quehacer del corrector de estilo y ortotipográfico, pues entre sus funciones está la de mantener el equilibrio del texto, avance tras avance, sin irse demasiado a un lado ni a otro.

6. Los aspectos ideológicos

Si en una novela puede ser atractivo y sugerente un personaje clasista o sexista; si en un reportaje las polémicas religiosas y políticas llegan a ser de utilidad para avivar los cuestionamientos de los lectores; si en un manifiesto o un libelo como los del poeta Alberto Hidalgo, que dejó tantos

“muertos, heridos y contusos”¹ con sus páginas, las frases agraviantes y las caricaturizaciones ofensivas son la sustancia escritural; tanto despropósito está proscrito de los libros de texto.

La labor del corrector, más allá de enmendar la ortografía y la gramática, de llamar la atención sobre las mayúsculas o las palabras destacadas...; la labor del corrector informado de las políticas de la entidad para la que labora o comprometido en un plano saludable con su misión y visión, también conlleva alertar al editor cuando localiza temas o aspectos que son tabú para la institución. Generalmente, en los libros de texto se evita el discurso discriminatorio e insultante con el mismo empeño con que se rechazan los estereotipos y las controversias.

A todas luces, los libros de texto son publicaciones poco enriquecidas en cuanto a debates temáticos y conceptuales. A fin de cuentas, son productos en los que existe muy poco margen para la especulación; sobre todo, biográfica e histórica. Sin embargo, esta perspectiva algo conservadora dota a las obras de un carácter de confiabilidad, hasta pueden ser tranquilizadoras para el docente. Frente a las ambigüedades que cuestionan de la narrativa de ficción y la grandilocuencia de la autoayuda, los libros de texto son la calma, la serenidad plagada de ejercicios para la casa y evaluaciones colaborativas.

Si la labor básica del corrector de libros de texto implica enmendar las faltas ortográficas, comprobar que las concordancias sean correctas, cumplir con las convenciones editoriales, ampliar la variedad léxica del escrito y detectar las repeticiones de palabras sin caer en el abuso de lo estrambótico con los sinónimos; también lo es mantener el sentido de las frases luego de remediarlas y procurar una redacción sencilla que, sobre todo, esté adaptada al grado de instrucción del estudiante y corresponda con el área de conocimiento; es decir, participar en la construcción de un discurso de una adecuadísima e instructiva dificultad.

¹ *De muertos, heridos y contusos* es el nombre bajo el cual se recogieron los libelos de Alberto Hidalgo dirigidos contra peruanos. Nacido en Arequipa en 1897 y fallecido en Buenos Aires en 1967, alguna vez fue candidato al Premio Nobel. El libro fue publicado por Sur en 2004 e incluye una sabrosa introducción de Fernando Iwasaki.

“¡Cuídate, España, de tu propia España!”, escribía Vallejo, en su afán por alertar a los republicanos de los peligros que trepaban entre ellos y de los riesgos que crecían para todos en un bando y otro durante la Guerra Civil española. Muy lejos de este nivel de tragedia, se podría realizar una advertencia similar para el corrector de estilo y ortotipográfico, pues quizá el mayor defecto de su labor está en los graves errores que comete por el mero hecho de corregir. Es hasta vergonzoso, como meter la pelota en el arco propio en vez de hacerlo en el del rival. Los autogoles en un partido de fútbol no solo son tantos en contra, que pueden sellar la derrota, sino razones para el desprestigio personal y fuente del desánimo y desaliento grupal.

Páginas atrás, cuando destacaba el valor de la especialización técnica y profesional para sostener el desarrollo del oficio literario, hablé de entrenamiento. Y no lo cuestioné en las reflexiones que siguieron, como hice con el resto de perspectivas y enfoques para cambiar el overol de escritor por el de corrector de estilo y ortotipográfico, porque creo que el entrenamiento tiene una vigencia equivalente en ambas labores.

Quizá la palabra funcione de modo burdo e inexacto, pero da ideas sobre una permanente voluntad para prepararse y ejercitarse en función de los objetivos. Pienso que el corrector debe asumir un entrenamiento de dos vertientes: tanto de manera práctica en talleres o seminarios, como en el plano investigador a través de la formación universitaria en pregrado y posgrado. Los primeros favorecen el adiestramiento en torno al pormenor del trabajo, que paulatinamente conduce a una ejecución con mayor eficacia, seguridad y rapidez. El segundo es el camino a largo plazo, que permite reflexionar sobre la tarea para un desempeño de alcance más totalizador; además, es la fuente de nuevos y múltiples saberes que sin duda afinan la actuación individual y que termina replicándose en el quehacer colectivo.

Un corrector que descuida la investigación formal, la que suele guiarse por años en los centros académicos, puede que sea tan bueno como el mejor a la hora de enmendar cada error por variopinto que sea; pero, de seguro, no marcará la urgente diferencia hacia el camino de la profesionalización del oficio ni podrá ayudar del todo a construir otro nivel de respecto en el ámbito

editorial; menos, será uno de los protagonistas del impacto en el mercado de trabajo hacia la conquista de mejores condiciones laborales, salarios más elevados y posiciones jerárquicas de mayor envergadura.

Sin afán de exagerar con las imágenes deportivas, me valgo de una última en otro aspecto de lo futbolero: me parece que la función de corrector es tan censurable en el medio editorial como la del arquero en su equipo de fútbol. Y es que, no importa que, durante casi noventa minutos, el arquero haya atajado los disparos más certeros de sus rivales; incluso, que su proceder sea la compensación original de los errores del marcador izquierdo, interesado en ser goleador antes que defensa; las ligerezas del mediocampista, que se engolosina con los malabares como los niños hasta que se indigestan, o la ineptitud del delantero; basta con que en un instante la pelota se le escurra de los dedos para que su gloria se arruine. Pocos héroes se derrumban tan rápido como un arquero abatido en el último minuto de un partido que iba empatado. Pocos, salvo el corrector que olvida la coma en un vocativo y deja pasar una tilde en la esdrújula forzosa de un título. Sin embargo, ubicarnos frente al escritorio con la ilusión de terminar con el arco invicto es una satisfacción íntima que, aunque algo incomprendida, es solemnemente disfrutable.

Juan Manuel Chávez Rodríguez (Lima, 1976)

Se desempeña como docente universitario y, desde hace cuatro años en régimen dependiente, como corrector de estilo en Ediciones SM-Perú, abocado a la revisión de libros de texto y novelas. Además, de forma independiente, realiza correcciones para instituciones nacionales e internacionales. Licenciado en Literatura (UNMSM, Perú), diplomado en Docencia en Educación Superior (UCSUR, Perú), máster de Derechos humanos (UV, España) y candidato a doctor en Lenguas y Literaturas, es escritor con una premiada obra que incluye novelas, libros de ensayos y de cuentos. Traducido al inglés y al italiano, colabora en portales y revistas de Perú, Argentina, Centroamérica, EE. UU., México y España.

Correo electrónico: <juanmanuelchavez@gmail.com>.